

¿Qué teología para nuestro tiempo?

Eminencia Reverendísima, Gran Canciller, Cardenal Josep Omella Omella, Arzobispo de Barcelona.

Autoridades Eclesiásticas, Académicas y Civiles.

Mis Señoras y mis Señores.

Es para mí una gran alegría volver a esta Aula Magna, en vuestra compañía, esta vez no para participar en una Jornada más de Estudios, organizada por el incansable y brillante Prof. Armand Puig i Tàrrach, sino para formar parte de un acto que, justamente, le rinde homenaje. Han pasado casi veinte años desde que lo encontré por primera vez. Tomé yo la iniciativa de contactarlo, porque era entonces el responsable de publicar en Portugal la que es la traducción más antigua de la Biblia en lengua portuguesa. Tuve contacto con el excelente trabajo del Prof. Puig –en particular el *Corpus Biblicum Catalanicum*– y pensé que, sin duda, sería muy útil conocer más sobre los proyectos que coordinaba. Recuerdo ese primer diálogo y la impresión que me dejó aquel hombre apasionado por la Palabra de Dios y por la tarea de transmitirla. Después, recuerdo haberlo encontrado en Lisboa para la publicación de su libro *Jesús. Un perfil biográfico*. Y, a partir de entonces, nunca dejamos de estar en comunicación. En esas idas y venidas, en esas colaboraciones portuguesas y catalanas, no sé exactamente cuándo nos volvimos amigos y eso también es señal de amistad verdadera. El escritor Maurice Blanchot lo menciona, hablando de su amistad con el filósofo Emmanuel Lévinas. Él dice que se encontraron varias veces y hubo un momento en el que se dieron cuenta de que ya eran amigos. Y Blanchot escribe: «éramos amigos y no lo sabíamos». Así fue un poco mi amistad con Armand.

Tengo ahora el privilegio de encontrarme más frecuentemente con Armand Puig, en su calidad de Presidente de la Agencia de la Santa Sede para la Evaluación y la Promoción de las Universidades y Facultades Eclesiásticas, y puedo constatar que la experiencia acumulada en la dirección de este Ateneo Universitario le aporta la inteligencia y la pasión para desarrollar competentemente esta importante misión. Por esto, con gran placer me sumo al muy justo y oportuno homenaje que hoy se le rinde. También en nombre del Dicasterio para la Cultura y la Educación, quiero agradecerle por decir sí al llamado del Santo Padre y servir a la Iglesia universal, velando por la calidad de sus instituciones académicas que se dedican a la labor teológica. Permítanme, en esta ocasión, decir, sin pretensión, algunas palabras sobre la práctica teológica, que es una especie de vínculo que nos une a todos.

¿Aún tenemos necesidad de la teología?

La pregunta: “¿qué teología para nuestro tiempo?” corre hoy el riesgo de convertirse en una cuestión aún más radical: “¿aún tenemos necesidad de la teología?”. El hecho es que, en la actualidad, la necesidad de la teología es, a veces, cuestionada *ad extra* y *ad intra*: la sociedad secular no tiene confianza en una investigación de la verdad que presupone su propia verdad; en la que la verdad es pensada, tanto como punto de partida, como de llegada. En la comunidad eclesial, por su parte, hay quienes, por un lado, piensan que haber aceptado la verdad significa *poseerla*, ser dueños de ella, y por otro, quienes creen que la verdad cristiana sólo puede ser testimoniada como una intervención práctica, política, en el mundo, sin necesidad de la mediación sacerdotal de su trascendencia, de la custodia de su sacralidad. Para algunos, la verdad sólo se enseña, como un paquete de conocimientos indiscutible e inmutable; para otros, a la verdad sólo se puede acceder en la acción y no, complementariamente, en el camino lento y paciente de un ejercicio integrador.

Presionada por esta posición de escepticismo, externo e interno, secular y eclesial, la teología corre el riesgo de debilitarse, y con ella la Iglesia y la

sociedad. De hecho, estoy profundamente convencido de que *no hay evangelización sin teología*. La sociedad no escuchará el anuncio de la Palabra, la Iglesia no podrá llevar la Palabra a todos los hombres, si la misión de evangelización no se realiza en la dinámica de ese peculiar doble movimiento teológico que es *pensar* la Palabra de Dios en a la luz de la historia humana y *pensar* la historia de los hombres a la luz de la Palabra de Dios.

Pero, la teología misma está llamada hoy a repensarse. El Papa Francisco lo afirma en la reciente Carta Apostólica *Ad theologiam promovendam*: «Para promover la teología [...] no podemos limitarnos a volver a proponer, de manera abstracta, fórmulas y esquemas del pasado. Llamada a interpretar proféticamente el presente y a vislumbrar nuevos itinerarios para el futuro, a la luz de la Revelación, la teología deberá afrontar profundas transformaciones culturales, consciente de que: “Lo que estamos viviendo no es simplemente una época de cambios, sino un cambio de época” (*Discurso a la Curia Romana*, 21 de diciembre de 2019)» (n.1).

La crisis de la transmisión

De hecho, la crisis de la teología tiene que ver con la crisis más amplia de la *transmisión*. Como es evidente, no tengo soluciones para un problema de enormes proporciones: ninguno de nosotros individualmente, sólo la comunidad eclesial en su conjunto, bajo la guía de Cristo, su Buen Pastor, podrá encontrar una respuesta, una salida de esta crisis. Sin embargo, considero que siempre debemos volver al Evangelio para comprender quiénes somos y qué se nos pide. No recuperaremos una comprensión adecuada de lo que significa ser teólogos – intérpretes del tiempo de Dios en el tiempo y la experiencia de los hombres– sin comprender plenamente qué es la ciencia teológica según el Evangelio. Hay tantas páginas del Nuevo Testamento que nos ofrecen un buen punto de partida. Es el caso, por ejemplo, de las indicaciones dadas a los Doce con motivo de su primera misión como apóstoles, es decir, teo-locutores del Kerygma cristiano (Mc 6,6-13; Mt 10,5-15; Lc 9,1-6; 10,1-11). Si miramos bien, las instrucciones

de Jesús definen la misión de *transmitir la buena nueva* como una tarea teológica de exploración e inculturación.

El Papa Francisco pide esto mismo a la teología, desafiándola «a un cambio de paradigma [...] que la comprometa, en primer lugar, a ser *una teología fundamentalmente contextual*, capaz de leer e interpretar el Evangelio en las condiciones en que viven diariamente los hombres y las mujeres, en los diferentes entornos geográficos, sociales y culturales, y teniendo como arquetipo la Encarnación del *Logos* eterno, su ingreso en la cultura, en la visión del mundo, en la tradición religiosa de un pueblo. A partir de aquí, la teología sólo puede desarrollarse en *una cultura del diálogo* y del encuentro entre diferentes tradiciones y diferentes saberes, [...] dialogando abiertamente con todos» (*Ad theologiam promovendam*, n.4).

Un verdadero conocimiento crítico y sapiencial

Miremos a Jesús. Él también “recorría los pueblos de alrededor, enseñando”, nos dice el texto evangélico de Marcos (Mc 6,6). El original griego (“περιῆγεν τὰς κώμας κύκλῳ διδάσκων”) y la traducción latina (“et circuibat castella in circuitu docens”) nos comunican de manera icónica el hecho de que, para Jesús, *enseñar* no es acomodarse en una silla y hablar, esperando que la gente venga a escuchar, sino que es caminar, andando entre los hombres, en la variedad de lugares que ellos habitan (“τὰς κώμας”). Enseñar significa, por eso, moverse donde está el hombre, donde vive, llegar a él en su concreto contexto, en la pluralidad de sus expresiones (es trasladarse de un lugar a otro: transitar, “περιῆγεν”). Enseñar es una práctica “peripatética” (como ya sabía Aristóteles), que construye una nueva topografía. Desafortunadamente, muchas veces se pierde el sentido de esta dinámica propia de la enseñanza, su ser movimiento y viaje. Por eso, cuando el Papa Francisco habla de una Iglesia en salida, nos sorprendemos: nos habíamos acostumbrado a los maestros como protagonistas de un discurso *ex cathedra*, mientras que enseñar –y enseñar teología– es

descubrir nuevas posibilidades, crear vínculos y conexiones (“in circuitu docens”).

Como afirma nuestro homenajeado en un artículo sobre el papel de la teología en la sociedad contemporánea: «la teología siempre tiene algo que aportar, pero sólo podrá hacerlo si entra en los debates intelectuales del momento. Una teología encerrada en sus baluartes y en su lenguaje para iniciados, quedará muda y no incidirá en la cultura» (ISIDORIANUM 31/2, 2022, p.82).

Es verdad: no hay evangelización sin teología, sin este “salir” de la palabra de Dios y del pensamiento humano, para recorrer la historia, descifrarla y rediseñarla. Enseñar teología no es simplemente transmitir una lección, sino pensar el mundo, visitarlo, diseñar y resaltar *circuitos*, continuidades, interdependencias, puentes en la diversidad. Todo esto desde una perspectiva de sabiduría auténtica, como propone el Santo Padre: «la necesaria atención al estatus científico de la teología no debe oscurecer *su dimensión sapiencial*... La razón científica debe *ampliar sus fronteras en dirección a la sabiduría*, para no deshumanizarse y empobrecerse. De esta manera, la teología puede contribuir al debate actual sobre el “repensar el pensamiento”, mostrándose como *un verdadero saber crítico, como saber sapiencial*, no abstracto e ideológico, sino espiritual, desarrollado de rodillas, preñado de adoración y de oración; un conocimiento trascendente y, al mismo tiempo, atento a la voz de los pueblos, por tanto, una teología dirigida misericordiosamente a las heridas abiertas de la humanidad a la cual profetiza la esperanza de una realización última» (*Ad theologiam promovendam*, n.7).

Llegar al hombre, ahí donde se encuentra

Hacer teología es llegar al hombre donde él se encuentra, pero también es quedarse en casa con él, ser acogido, hospedado: «Dondequiera que entréis en una casa, permaneced allí» dice Jesús. Las lenguas, los códigos culturales, las civilizaciones son hogares en los que la Iglesia se establece, en los que la

Palabra entra, y, una vez acogida, inaugura una permanencia que se convierte en un compartir existencial, un trozo de vida. Naturalmente, no todas las expresiones de la civilización son hospitalarias con la Palabra: puede suceder, advierte Jesús, que «en algunos lugares no os acojan y no os escuchen». Donde reina una cultura de violencia, de negación radical del bien y de la verdad, no hay manera para el teólogo de establecer una relación. La guerra, la malversación, el abuso, la opresión, el materialismo radical y el individualismo son techos históricos e ideológicos bajo los cuales el saber teológico no encuentra refugio. Pensar teológicamente el mundo es también denuncia profética del mal y resistencia al mismo. La verdadera teología, como nos testimonian muchos mártires del pensamiento –recordemos en el siglo XX intelectuales de la fe como Dietrich Bonhoeffer, Simone Weil y Etty Hillesum– es una inteligencia de la historia que, en nombre del amor incondicional a Dios y al hombre, debe decir “no” a la injusticia. Por otro lado, como lo afirma Armand Puig: «el teólogo tiene la misión de profundizar sin dejarse llevar por el desencanto, la asepsia o la agresividad» (ISIDORIANUM 31/2, 2022, p.77).

La teología en salida

Si *hacer teología*, como tarea apasionada y sistemática, significa salir, ponerse en camino en la tierra y pedir allí hospitalidad; si *practicar teología* significa confiar en la hospitalidad de la historia, de los lenguajes de los hombres, de sus experiencias y códigos, *profundizar la teología* no se hace hoy, también, sin aceptar “vaciar” *kenóticamente*, de un patrimonio asegurador, de garantías preventivas: «Y les mandó que no llevaran para el camino nada más que un bastón: ni pan, ni bolsa, ni dinero en el cinturón; sino calzar sandalias y no llevar dos túnicas» (Mc 6,8-9) –nos dice Marcos–.

La teología en salida es humilde. Teniendo «los mismos sentimientos de Cristo Jesús» (Flp 2,5), la teología renuncia a estatutos privilegiados, a la pretensión de poseer exclusivamente la verdad de la cual es depositaria y sierva (Flp 2,5-8). No recurre al pasado como dispositivo de control para el presente y

el futuro. Sólo puede traer consigo tres riquezas: la *Palabra* que anuncia; la *comunión* con la comunidad a la que pertenece, la Iglesia (“y comenzó a enviarlos *de dos en dos*”, Mc 6,7); y el *bastón* que sostiene su camino: símbolo de su vínculo con la Tradición, con el camino previo del pueblo de Dios, que no constituye una posesión ni un punto de llegada en el cual detenerse, sino un viaje en dirección al definitivo de Dios. La teología traiciona su propia misión si convierte sus recursos (la Palabra, la Tradición y la pertenencia eclesial) en un seguro de viaje, un poder que obstaculiza, volviéndonos ciegos al diálogo «interior de la comunidad eclesial, y [a] la conciencia de la esencial dimensión sinodal y de comunión... El teólogo no puede sino vivir en primera persona la fraternidad [...] para llegar al corazón de todos» (*Ad theologiam promovendam*, n.6). De este modo, concluye el Papa Francisco, «la teología se pone al servicio de la evangelización de la Iglesia y de la transmisión de la fe, para que la fe se convierta en cultura, es decir, *ethos* sabio del pueblo de Dios, propuesta de belleza humana y humanizadora para todos» (*Ad theologiam promovendam*, n.8).

Decía el poeta catalán Joan Margarit en una frase que es una especie de su testamento: «vivir es buscar el lugar donde poder amar». Esto es verdad también para la teología”.

¡Gracias querido Monseñor Armand Puig por ayudar a la Iglesia en este desafío contemporáneo tan fundamental!

Barcelona, 29 de febrero de 2024

Cardenal José Tolentino DE MENDONÇA
Prefecto del Dicasterio para la Cultura y la Educación